



Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

REVISTA CUATRIMESTRAL DE INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

CINTEOTL

ISSN 1870-7289



CINTEOTL

Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades

Septiembre-Diciembre de 2010. No. 12

ISSN-1870-7289

Derechos Reservados UAEH/ICSHU

Reflexión histórica: el período colonial en México

Gabriel Márquez Ramírez
UAEH/ICSHU
Área Académica de Historia

Encuadre

Recurrir al examen o estudio del pasado se convierte en un ejercicio saludable, especialmente para los diversos sectores políticos involucrados en la toma de decisiones políticas, económicas y sociales trascendentales para el país.

El pueblo y sus clases dirigentes que no conozcan su historia, están condenados no sólo a repetir los errores del pasado, sino, y esto sería lo más grave, a la imposibilidad de construcción de un proyecto viable de nación.

El siglo XX en México ha sido testigo de que cada seis años, los mexicanos nos estamos desarrollando, ¿Cuántos Planes de Desarrollo Nacional hemos tenidos,

los mismos sexenios que han trascendido? En la memoria de los mexicanos de la tercera edad todavía está presente el recuerdo de que cuando un sexenio llegaba a su fin, se pensaba que ahora sí nos íbamos a desarrollar y NADA. Ocurría todo lo contrario; las devaluaciones del peso mexicano, los ajustes al presupuesto y al bolsillo y todos se preguntaban ¿Cuándo va a ocurrir eso que los economistas llaman desarrollo? ¿Por qué México no puede dar un salto significativo y convertirse en una nación más justa y con mejor desarrollo socioeconómico?

Todavía se sueña con un país donde se rompan las cadenas del subdesarrollo económico, se termine con la marginación y el atraso tecnológico, un país que brinde mejores niveles de vida a sus habitantes, que genere una clase política de estadísticas, un país donde se promueva la cultura por el respeto a la norma y no un culto a la persona o personas que se encargan de aplicar las leyes.

Lo que se construye ahora, es por que hay un referente, un pasado que nos dice qué cosas se hicieron bien y cuáles no funcionaron. La construcción de un país es la suma de toda su historia, pasada y presente; de su pueblo, de sus gobernantes y de los intereses políticos y económicos que estuvieron en juego. También nos señala qué intereses prevalecieron y cuáles se sacrificaron y por qué; nos indica a los vencedores y a sus proyectos triunfantes si favorecieron al interés nacional, o bien a intereses grupales.

En la mayoría de los casos, el estudio de la historia nos indica que respondieron a intereses de grupo y hasta personales que en poco favorecieron al interés nacional. La Colonia, la Guerra de Independencia, la Reforma, la Revolución Mexicana y otros acontecimientos han presentado estas características. Y la explicación del por qué no respondieron del todo al interés nacional es compleja. Para una corriente de historiadores la respuesta se puede encontrar en la falta de conciencia de clase y del papel a desempeñar, a la hora de tomar las decisiones.

Para otros, son varias las razones y una de ellas apunta a que en México, y en general en América Latina, hemos carecido de dirigentes, de verdaderos estadistas que se comprometan con su país y promuevan los cambios que la circunstancia histórica reclama. En la historia de México han predominado los caudillos, los cuáles sirvieron a los intereses de sus respectivos clanes y a su

interés personal. Por si esto no fuera poco, a la actividad caudillesca se sumo el poder de los caciques regionales, amos de pueblos, vidas y almas y que para muchos, representan los más importantes núcleos de poder. Caudillos y caciques terminaron por fragmentar casi todo proyecto de desarrollo nacional del siglo XIX. Hoy, todavía conservan poder e influencia.

Pero la historia no puede ser siempre la misma, Ernesto Mayz dijo en los albores del XIX; que en toda generación hay excepciones y la historia de México las tiene: Hidalgo, Morelos, Guerrero, Valentín Gómez Farias y sobre todo, la brillante generación de liberales del siglo XIX, me refiero a Juárez y a sus compañeros tanto los letrados como los de la espada, marcaron la diferencia.

En nuestra memoria histórica ha quedado registrado para siempre las decisiones que tomaron los general Zaragoza y Mariano Escobedo, que no se dejaron seducir por dudosos intereses, y ante un contexto totalmente adverso antepusieron el interés nacional, aún estando en peligro su propia vida. El parte de guerra dirigido a Juárez, después de la batalla del cinco de mayo dice *“Las armas nacionales se han cubierto de gloria”* Estas palabras tuvieron un profundo significado y aludían a la defensa de un proyecto de nación.

En el siglo XX, resistiendo a las presiones internas y externas, la generación política del general Lázaro Cárdenas se dio a la tarea de construir un proyecto de desarrollo nacional. Dicha generación se enfrentó exitosamente a la ambición y arrogancia de las empresas trasnacionales norteamericanas, y lograron el objetivo de rescatar el petróleo. Pero esto tuvo un significado muy profundo, se trataba de un proyecto de modernización e industrialización que había que defender. Nuevamente el interés nacional se imponía y los viejos reclamos de la Revolución Mexicana cobraban vigencia; se recuperó el petróleo.

Se repartió la tierra a los campesinos para que los últimos reductos rurales del viejo sistema colonial llegaran a su fin.

Regresando al siglo XIX, no podemos olvidar las decisiones que tomó el general Mariano Escobedo, cuando resistiendo a toda tentación, tomó prisionero a Maximiliano de Habsburgo, y aunque parezca increíble, por nacionalismo, por la gracia de Dios o por lo que haya sido, el interés nacional se impuso. El

fusilamiento de Maximiliano, terminó con el ser colonial que se negaba a morir. Por fin la idea de un sistema republicano y liberal se imponía y triunfaba sobre un México colonial que a la luz de los conservadores, se empeñaba en ser monárquico. Una parte de la Nueva España moría, y con este acto, México por un poco espacio de su historia, fue un país plenamente soberano. Qué curioso, la historia tiene sus encuentros, reencuentros, caprichos o como gusten llamarlo. De alguna forma el fusilamiento de Maximiliano volvió a recordar la conquista de México. Cuauhtemoc fue torturado y después asesinado por Hernán Cortés, que en ese entonces era fiel servidor de un Habsburgo. Se trataba del último tlatoani mexica y representaba una amenaza potencial para la conquista hispana del mundo mesoamericano, por eso tenía que ser liquidado.

Siglos después, otro personaje de la dinastía de los Habsburgo, en circunstancias históricas diferentes, atentó contra la soberanía de México, llevó a cabo lo que hoy podríamos calificar como “actos terroristas en contra de un estado libre y soberano”. Ahora le tocó a un zapoteca tomar la decisión de otorgar el perdón o de aplicar la ley. El gobierno republicano de Juárez optó por lo segundo y Maximiliano fue procesado y hasta contó con abogado para su defensa, pero los actos criminales era muchos y no podían ser pasados por alto, por lo que fue fusilado en un acto público y no en secreto. Lo colonial y lo independiente se reencontraban: Cortés y Maximiliano cobraban vida ante dos hijos *de lo más profundo* de la tierra mexicana: el mexica Cuauhtemoc y el zapoteco Benito Juárez. Al menos, una parte de la deuda de la conquista quedaba saldada.

La etapa colonial

Pero el lector dirá con justa razón porqué su servidor se refiere al siglo XIX y un poquito del XX, y también habla de la época colonial. Mi intención es reflexionar y argumentar que la historia se puede abordar a partir de diversos enfoques, no necesariamente el cronológico. Cronológicamente lo colonial termina en 1821, pero la historia que se gestó en tres siglos tiene sus efectos hasta el día de hoy. De lo Colonial heredamos caudillos y caciques, la Revolución Mexicana, en gran medida fue el resultado de la falta de transformaciones económicas-sociales

heredadas de la colonia, el proyecto de modernización e industrialización del Cardenismo fue un intento de sacar a México del subdesarrollo y dependencia económica. Subdesarrollo y atraso tecnológico que según los estudiosos del tema económico, comenzó a gestarse desde la época colonial. Para los historiadores la herencia colonial con la que nuestros países nacieron a la vida independiente fue condición importante para desarrollo en todos los sentidos.

Nuestro país no se creó por generación espontánea, somos el resultado de la fusión de una parte de Europa (no de toda como se da por sentado) que por medio de una guerra de conquista, se apropió de la tierra de los mexicas, mayas, zapotecos, tlaxcaltecas, etc. Lo hispano se fusionó con lo autóctono y el producto fue una rica cultura de la que hoy somos parte y con todos los elementos que nos distinguen como mexicanos.

Entonces la primera conclusión a la que podemos llegar es que el pasado colonial no ha muerto y es parte de nuestro presente, de nuestra cultura, tradiciones y folclor en su más amplio significado.

En esta tierra se nace mexicano, católico y guadalupano. El segundo concepto es una categoría de alcance universal. El primero apunta a nuestro origen prehispánico y el tercero que es lo guadalupano, responde a una fusión cultural. Según algunas versiones históricas, a Juan Diego se le apareció la morenita del Tepeyac para infundir a los derrotados mexicas esperanzas de un mundo mejor. Su mundo había colapsado por la conquista, sus dioses y creencias religiosas destruidas, su sistema político había llegado a su fin y su tierra tomada por el invasor, así como sus bienes y propiedades. Por si esto no era suficiente, su gente estaba siendo diezmada por los sistemas explotadores de trabajo que impusieron los hispanos y por las epidemias.

El culto a la guadalupana nació en la colonia y llegó para siempre. Siglos después, cuando los criollos toman la decisión de optar por la independencia, lo primero que hace el cura Hidalgo es hacerse del estandarte de la guadalupana para cohesionar y dar identidad a las castas. Nuevamente los fundamentos coloniales cobraban vida en la guerra de independencia mexicana.

Acertadamente Rubial García argumenta que es frecuente que el lapso de tres siglos que empieza con la gesta de Hernán Cortés y termina con el plan de Agustín de Iturbide, sea considerado como una época oscura, intolerante, llena de abusos de poder. Así para muchos “La Colonia” es sinónimo de Inquisición y la presencia de España en América es vista como una invasión extranjera que, por traumática, debe ser olvidada. Pero a estas alturas ya no es posible sostener esa postura a la luz de los estudios realizados desde el siglo XIX.” Por ello es necesario construir una visión panorámica de la Nueva España, con su rica y compleja realidad, periodo donde se sentaron las bases de lo que somos en la actualidad.

Tampoco se trata de revivir la leyenda negra. Esto es, el memorial de agravios de España contra los pueblos americanos. Y como en todo proceso histórico, sí se cometieron actos de barbarie como al mismo tiempo hubo humanismo y construcción civilizacional.

Dándole la espalda a la vieja polémica de que si fuimos colonia, virreinato o reino incorporado a la Corona de Castilla, etc., creo que es mejor referirnos al título que Hernán Cortés asignó a esta tierra: “La Nueva España”. Por otro lado, no se trata de juzgar hechos del pasado. Se trata de estudiar procesos históricos, su importancia y las consecuencias que tuvieron a largo plazo para nuestro país.

¿Qué debemos entender por la Nueva España y por qué Cortés le dio ese título?

Para los conquistadores españoles y encomenderos la tierra del Anahuac se presentó con una oportunidad de adquirir prestigio, vida señorial y aspirar a un título de nobleza que difícilmente podían adquirir en su tierra. Fue la tierra de la oportunidad para los hijos de los hidalgos pobres.

La Nueva España nació en el siglo XVI, como consecuencia de la acción bélica de la España medieval. Fue una conquista hispana, pero también fue una autoconquista por que participaron en ella guerreros tlaxcaltecas que apoyaron a Hernán Cortés. Sí, la conquista también la hicieron los indios.

Es común al hablar de la conquista de México, decir que ésta se realizó en 1521. Con ello se piensa que con la llegada de los españoles todo el territorio actual de nuestro país quedó bajo su dominio en esa fecha. En realidad, la toma de México-Tenochtitlán, la capital mexicana, fue sólo el inicio de un proceso que duró 300 años.

La conquista de México fue descrita por Francisco López de Gómara con las siguientes palabras: *“La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación de quien lo crió,”* es el descubrimiento de un nuevo mundo.

Después de la conquista, los hispanos organizaron una sociedad basada en la encomienda, en la minería, en la ganadería y agricultura. Se utilizó a los vencidos y se les integró por la fuerza a los nuevos sistemas productivos, en la mayoría de los casos perjudiciales para ellos mismos, porque generaban una riqueza que no era para ellos. Una riqueza que era para sus explotadores y que se enviaba a la Corona española.

La nueva sociedad que se estaba formando en la Nueva España sobrevivió gracias a la existencia de desarrolladas culturas agrícolas en Mesoamérica, y la dominación española sobre este territorio se realizó en forma rápida y eficaz. Los pueblos que tributaban al mexica o a otros señores, ahora no les resultaba difícil cambiar de amos para tributar a los hispanos.

Los españoles cambiaron para siempre la estructura espacial de las ciudades prehispánicas. Los más importantes centros ceremoniales del altiplano central mexicano fueron destruidos y se impuso la organización de un nuevo espacio; se organizaron los pueblos y nacieron las ciudades con el modelo ibérico: los pueblos con su iglesia o convento y los espacios para el comercio y la administración. Los centros históricos que hoy podemos apreciar y su traza urbana, así como la belleza de su arquitectónica provienen de los primeros tiempos coloniales.

A la par de la conquista militar, vino otra que caló muy hondo y que forma parte de nuestra historia e identidad nacional. Se trata de la evangelización y conversión al cristianismo de los pueblos del Anahuac. Para algunos estudiosos, después de la conquista de Cortés, comenzó la conquista espiritual por las órdenes religiosas

y en ésta empresa, los franciscanos se distinguieron como los más eficaces evangelizadores.

Los hispanos conquistaron la tierra, encadenaron los cuerpos de los vencidos, pero los frailes conquistaron el alma y el corazón de millones de habitantes, que por miles de años habían practicado una religión politeísta y que no habían tenido noticia de Cristo. La evangelización representó un factor de consolidación fundamental para la conquista en todos los ámbitos geográficos.

Con la conquista espiritual encontramos, aunque para muchos sea increíble, el proyecto civilizador de la Corona Española. Los frailes, principalmente franciscanos y agustinos desarrollaron una teología de la evangelización que reconoció a los vencidos como hombres racionales y libres que tenían todo el derecho de conocer el evangelio y a vivir con dignidad, no como vencidos, sino como cristianos.

Para poder evangelizar, los religiosos se dieron a la tarea de estudiar la cultura de los diversos pueblos: el mexicana, los tlaxcaltecas y otros. Estudiaron y le dieron estructura gramatical a los idiomas vernáculos como el náhuatl y otros. Congregaron a las poblaciones a evangelizar en pueblos, trazaron calles y plazas, dotaron de agua por medio de acueductos y cisternas, aprovecharon todos los elementos culturales prehispánicos que no se opusieran al cristianismo.

Los frailes destruyeron lo que ellos llamaron idolatrías y terminaron con los sacrificios humanos y la antropofagia ritual.

Adaptaron las plantas y animales europeos a la economía prehispánica. Introdujeron nuevas técnicas de producción y herramientas, así como diversos oficios para que las personas se integraran a la nueva sociedad. Los frailes pensaban que darle a su nueva feligresía una forma de vida similar a la suya, era un requisito indispensable para su cristianización.

Por otro lado, reconocieron muchas virtudes de los mexicanos y otros pueblos: su natural alegría, su vocación por el trabajo, la educación y la formación en valores, la organización económica y la belleza de su pintura, escultura y arquitectura. También la buena disposición y hospitalidad para con el extranjero. La fuerza de sus mujeres de la cual fray Toribio de Motolinía quedó impresionado cuando

presenció que apenas terminaba el parto, ya de inmediato la mujer se levantaba a trabajar para hacer la faena, cosa contraria a las mujeres españolas.

A partir de esta premisa establecieron y organizaron el cristianismo con toda su liturgia, como la semana santa, la navidad, los santos patronos para todos los pueblos, la misa dominical y las festividades religiosas que actualmente festejamos. Administraron los sacramentos y especialmente dos que tuvieron un efecto social que todavía es muy importante en nuestra época; el bautismo y el matrimonio cristiano, que son, en gran medida, la base de importantes relaciones sociales como el reconocimiento social, el compadrazgo y el apadrinamiento.

Pero lo que más llamó la atención de los frailes fue el gran celo religioso que tenían los mexicas y otros pueblos en servir a sus dioses. Con ese celo religioso, fray Jerónimo de Mendieta argumentaba que una vez extirpada la idolatría, “se tendría la mejor cristiandad del mundo por que esta gente tiene todo para servir a Dios.” Según las viejas crónicas franciscanas, llegados a Nueva España, los franciscanos estaban plenamente convencidos de que Dios le había reservado la conversión religiosa del nuevo orbe a San Francisco.

Hoy la pujanza del catolicismo ya no se encuentra en Europa sino en América, especialmente en México. No de forma gratuita, en uno de sus viajes el Papa Juan Pablo II dijo “México siempre fiel”. Ahí esta, en pleno siglo XX, lo colonial tomaba vida y volvía a estar presente. La canonización de Juan Diego en el santuario guadalupano fue el reconocimiento de la teología de evangelización de los primeros frailes.

La etapa de la evangelización se distinguió por una gran corriente humanista de reconocimiento de la integridad humana de los vencidos. Fray Bartolomé de las Casas es el máximo exponente de ese humanismo que rebasó fronteras y se extendió a muchos pueblos de América Latina.

En el ámbito de la Nueva España, muchos misioneros se distinguieron por su gran despliegue de humanismo y es justo recordarlos ahora, como los máximos evangelizadores: el franciscano fray Pedro de Gante, los doce primeros franciscanos entre ellos Toribio de Motolinía y Martín de Valencia, y el agustino fray Antonio de Roa que Juan de Grijalva en su crónica lo llamó “El Monstruo de la

Santidad” y Juan de Sevilla, que evangelizaron y fundaron pueblos en lo que hoy es el estado de Hidalgo.

La primera evangelización que abarcó aproximadamente las tres primeras décadas después de la conquista fue la base para posteriores conversiones religiosas, y ese trabajo se prolongó durante todo el período colonial.

La conquista militar y la conquista espiritual se unieron y de esta forma los pueblos mesoamericanos se integraron al dominio de la Corona de Castilla.

Lo que vino después fue la organización de una nueva sociedad sobre las ruinas del mundo prehispánico. Se organizó el virreinato política y administrativamente. Surgieron las figuras de gobernadores, alcaldes y corregidores y comenzó un crecimiento espectacular de ciudades como Puebla de los Ángeles, Querétaro y otras, así como la aparición de los grandes conventos y catedrales. Fue el tiempo para la llegada a la Nueva España de la cultura hispana con todas sus manifestaciones, pero al llegar a ésta tierra adquirió el carácter distintivo de sus habitantes. La cultura trasplantada adquirió por así decirlo marca propia.

En otros aspectos, la sociedad colonial se organizó en castas, fue estamental porque funcionó a partir de poderes como el clero, la nobleza y corporaciones como las cofradías y los gremios. Fue racista porque no permitió la movilidad social de sus integrantes. La sociedad hispana se estratificó a partir de múltiples criterios étnicos, económicos y jurídicos.

Para principios del siglo XVIII muchas comunidades indígenas del centro de Nueva España ya habían asimilado numerosos rasgos de la nueva cultura a causa de la intensa comunicación con la cultura y valores españoles. En el sureste y en el norte, en cambio, se mantuvieron aisladas y conservaron aún muchas de sus características culturales tradicionales.

En el altiplano central mexicano, las ciudades novohispanas fueron importantes centros de intercambio y de convivencia en el ámbito doméstico y laboral. Sus habitantes compartían el gusto por los toros, las fiestas, y el teatro, por el chocolate el atole, los tamales, el tabaco y el juego de cartas. En la ciudad se

realizó la integración de una nueva sociedad mestiza con los elementos culturales que aportaban las clases sociales.

La iglesia como aliada y servidora de la Corona española controló y supervisó todas las manifestaciones de la religiosidad y al definir los valores sociales, se convirtió en rectora de las conciencias. Por ello tenía injerencia en la imprenta, la educación, la beneficencia, el arte y las fiestas públicas, además de ser la poseedora de grandes bienes materiales que la convirtieron en la organización más rica del virreinato.

La cultura barroca se basó en el culto a las imágenes milagrosas y en los santos. Prácticas que se promovieron en cada una de las regiones de Nueva España y contribuyeron a generar sentimientos de identidad. En torno a las capitales y a los principales pueblos de cada región se fue creando una cultura regional, con un lenguaje marcado por acentos y por palabras vernáculas, un tipo de comida y un tipo de vestimenta que fueron definiendo las peculiaridades de cada región. Así se configuró México y hoy podemos apreciar la riqueza cultural de las zonas costeras, de las serranas y las del altiplano central, todas ellas juntas forman nuestra actual cultura.

En lo económico fue el tiempo del gran desarrollo minero. La importancia de la Nueva España estaba medida por el oro y plata que se extraía de su subsuelo. El comercio también tuvo un espectacular desarrollo así como la agricultura cuya máxima expresión fue la hacienda. Mineros, comerciantes y terratenientes, principalmente criollos, fueron los beneficiarios del virreinato. Por el contrario, los indios y las castas no alcanzaban a cubrir sus necesidades básicas.

A fines del siglo XVIII, el 20% de la población novohispana correspondía al grupo de blancos y de éstos sólo el 2% detentaban el poder económico y político. Los criollos tenían el poder económico pero el acceso a los altos puestos políticos, militares y eclesiásticos les estaba negado por su condición de haber nacido en América. A pesar de ello, eran parte de la elite novohispana y siguieron manteniendo un elevado nivel de vida que se manifestó en la construcción de palacios, lujos y diversiones y en la promoción y compra de obras artísticas.

Toda dominación quiérase o no, tiene su ciclo; origen, desarrollo-apogeo y crisis. La sociedad de la Nueva España al final del siglo XVIII mostraba señales de una gran crisis en todos sus niveles. En Europa, España ya tenía bastante tiempo que había dejado de ser la primera potencia europea. Se había quedado rezagada del desarrollo capitalista vigente y estaba bajo constante amenaza de las nuevas potencias como Inglaterra y Francia, esta última finalmente la invadió en 1808 y que en gran medida esa invasión contribuyó a generar un sentimiento de independencia en las posesiones hispanas en América.

En lo interno, los abusos en el cobro del tributo, la situación de marginación, la inhumana explotación en minas, haciendas y los agravios cometidos por las autoridades virreinales contra los indios, las castas, los esclavos y los mestizos pobres, fueron algunos de los argumentos de los insurgentes para lanzarse al movimiento popular independentista de 1810.

El pacto colonial llegaba a su fin. En el siglo XVIII y primeros años del XIX hubo rebeliones dirigidas por criollos y por mestizos e indios. Los primeros argumentaban que España había roto el pacto con los reinos asociados que formaban el imperio. Los indios y mestizos, que la explotación y la miseria eran ya insoportables por lo que la guerra de independencia se justificaba.

Hoy, muchas de las condiciones de miseria y explotación que provocaron el grito de Dolores, doscientos años después, todavía están presentes.